

(Diego: ~~contos~~
anécdotas en África)

PG - Carlos Sender Mora

MAIS, ¿ VOUS ÊTES BIEN MONSIEUR HIDALGO ?

“¿Quieres una almendra garapiñada?”

“Diego, estamos bajando en el ascensor para comer. Déjalo para el postre. ¿Acabas de llegar de Bangui?. Cuéntame tu viaje”

“Espera, que viene Mendoza. Mendoza, ¿quieres una garapiñada?”

“ Cuéntanos el viaje.”

“Caucaescu llega el Jueves en visita oficial y estará en la República Centroafricana cuatro días. El Presidente Bokassa desea que el protocolo sea impecable, como en las monarquías europeas. Con estilo y con clase. Yo soy el Jefe de Protocolo y me encargo de todo. Convoca a todos los ministros del Gobierno mañana domingo a las siete de la tarde para ensayar la recepción al Presidente Rumano en el aeropuerto.”

“No me pongas dificultades. Te preparo si quieres la banda de música de Palacio. Con uniforme de gala, por supuesto. Mañana por la tarde el Presidente no saldrá de palacio. Tiene invitados para ver su película del viaje a Londres. Te llevas la banda al aeropuerto y ensayas. Que no falte nadie.”

“No sé. Busca y mira a ver si llega algún alto dignatario en el vuelo del Domingo por la tarde. Alguien habrá que llegue con un visado oficial. Busca.”

“El Domingo por la tarde Diego aterriza en Bangui. Nunca había estado en la República Centroafricana, aunque conocía a algunos funcionarios centroafricanos, como el director general del Banco de Desarrollo. Pero Africa le gusta y siempre quiere volver. Piensa que cuando la conozca mejor, podrá ayudar en su desarrollo. Los niños son su futuro y son tan bonitos como ángeles. En ningún otro continente los niños tienen la misma sonrisa y la misma mirada.

En el aeropuerto, al pie de la escalerilla de primera clase del avión, había un enorme tipo de dos metros de altura que con su gran sombrero copete de color verde y franjas de charol, adornado con guirnalda trenzada roja, parecía la cosa más alta y grande que Diego había visto en Africa. Parecía el presentador de un circo. Miraba con detenimiento a cada uno de los pasajeros que descendían por la escalerilla. Sin duda buscaba a alguien muy concreto que no conocía, pues tenía una fotografía en la mano que le servía para identificar a una persona.

“No había puesto todavía el pie en la pista, cuando el enorme hombre engalanado me hizo una ceremoniosa señal para detenerme y me preguntó: ‘Vous êtes Monsieur Hidalgo n’est-ce pas?’ ”.

“Oui, je suis bien Hidalgo”, contesté bien extrañado, casi un poco divertido y encantado de estar otra vez en Africa.

El hombre exultó una gran sonrisa de satisfacción. Se dió la vuelta, gritó “Allons-y” y con paso ligero, casi corriendo, contento, se dirigió hacia una bonita banda de música que se encontraba a unos 20 ó 30 metros de la escalerilla del avión. Habría unos treinta músicos, destacando al fondo de la banda relucientes y grandísimos instrumentos de viento. Todo esto parecía del circo. Yo me había quedado simplonamente parado ante este encuentro inesperado. Al ver la banda de música, tan

bonita, tan emperifollada, pensé que Africa estaba llena de sorpresas y, aunque sabía bien que no parece posible encontrar una solución a este continente, me gustaba sentir Africa. Africa es así, pensé.

Yo seguía parado, un tanto aturdido. No sabía qué hacer. Los demás pasajeros seguían bajando del avión. Tampoco había muchos. Pasaban delante de mí. Yo seguía al pie de la escalerilla. En estas, suena con ritmo frenético y saltarín la banda de música.

Chin, para chin, chin, chin.

Tarará, tachín. Tarará, tachán.

El jefe de la banda, casi ya mi amigo, vuelve de pronto la cabeza, comprueba que no le he seguido. Me ve todavía al pie del avión y con impetuosidad y firme autoridad detiene de un brusco gesto el acompasado himno de recibimiento que justamente había iniciado. Y viene hacia mí fijándome con sus ojos muy abiertos, poco erguido, casi un poco agachado y con pasos desconfiados, un poco titubeantes. Tenía los brazos abiertos, ligeramente hacia delante y un poco hacia abajo, en actitud casi mendicante. Un poco como las gallinas culecas en celo. Me asusté un poco.

“Mais, alors, écoutez, ¿ vous êtes bien Monsieur Hidalgo?”,

“Oui, Oui”

“Alors, suivez moi!”.

A su lado marché hasta que me colocó frente a una fila de unos 20 ó 25 señores estupendamente vestidos con trajes de verano de alpaca de gran brillo, algunos de color gris, la mayoría más oscuros. Todos los trajes eran de muy buen corte, seguramente hechos en Europa. Nadie había olvidado el pañuelo blanco de bolsillo. Algunos lo llevaban de color rosa. Es el único color que me fijé. Estaba atónito frente a este grupo de personas tan ataviadas y distinguidas. Nadie llevaba traje tribal africano.

En ese momento sonó la música en un magnífico y melódico himno, lento y ceremonioso. Se acercó un señor africano y me invitó, con mucha deferencia y respeto, a acercarme al grupo escenificado. Estaban entonces todos alineados. Me llevó frente al primero y dijo:

Monsieur le Ministre des Affaires Etrangeres. Monsieur Hidalgo.

Monsieur le Ministre de l’Economie et les Finances. Monsieur Hidalgo.

Monsieur le Ministre de l’Amenagement du Territoire. Monsieur Hidalgo.

Y así hasta ser presentado a todas las personas. Todos me dieron la mano. Todos importantísimos, pero sin la menor relación con los objetivos de mi misión.

Me puse colorado.

En realidad me había puesto colorado ya al pie del avión. Quizá notaran que era nuevo en estos protocolos. Era muy joven. Pero también pudieron pensar que hacía calor, claro, pensé. Una cosa debió de sorprenderles. Yo no llevaba corbata. Pero no

pareció importarles. Me trataron con enorme respeto. Obviamente, aquí había un error, no dudé. Y tal vez había comprendido mal ese "Hidalgo", y luego me acusarían de suplantar la personalidad de alguien importante que habría pasado sin honores como los demás pasajeros.

Tan pronto como acabaron las presentaciones, la banda cambió de melodía. Sonó ahora otra muy africana, sin duda una marcha tribal, festiva, enormemente alegre y contagiosa, de las que te hacen marchar de manera distinta a como lo haces normalmente. Y todos emprendieron la marcha, conmigo en medio del grupo, hacia la terminal del aeropuerto. Hacia el edificio VIP en donde se me agasajó con un estupendo cocktail. Muy bien servido, con camareros de chaquetilla blanca y pajarita. Estaba hambriento. Debo reconocer que me forré de comer canapés y pastelillos. Ya no estaba colorado. Pero seguía sin comprender qué pasaba. Todavía no podía creer que las personas a quienes había sido presentado fueran los ministros del Gobierno de Bokassa. Vaya situación. Y no conocía a nadie.

Por fin, al fondo de la sala VIP ví al Director General del Banco de Desarrollo que había venido a llevarme al hotel. Me sentí menos azarado. Había tenido relación con él en Washington. Al acabar el cocktail se me acercó después de hablar con el Jefe de Protocolo. Entonces, todos los "ministros" me saludaron uno a uno y se despidieron con mucha cortesía.

"Ya en el coche, camino del hotel pregunté al Director General quiénes eran esas personas. "Son todos los ministros", me dijo. Los ha mandado el Presidente Bokassa para ensayar la recepción a Ceausescu que llega el Jueves, y le han cogido como conejo de indias para hacer un ensayo general, como si fuera Vd, Cauescu.

Si, y ¿ por qué me escogieron a mí para ensayar?.

"Dans l'avion de dimanche, vous étiez le premier sur la liste de passagers".

Esa noche no cené y ya os contaré otro día el "regalito" que me envió el Jefe de Protocolo a mi habitación.

Mendoza. ¿Otra garrapiñada?.

"Cuéntame lo del "regalito", picarón.

"Otro día Mendoza, otro día".

Cual es tu próxima misión, Diego.

Madagascar. Tengo que evaluar un Banco de Desarrollo que nos ha pedido una línea de crédito para proyectos industriales. Me encanta ese país. Todo el mundo sonríe. Es el país más feliz del mundo, pero el más subdesarrollado. Ya te contaré a la vuelta.

Así pasaron seis años con Diego en Washington. Diego siempre comió garrapiñadas en el ascensor al bajar a la cafetería a comer.

Quizá hoy siga igual.